

[183]
SEXTO TRIMESTRE. Año 1838 de octubre 12 de 1838.

CAPILLADA 82. (30 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit cimbala quædam non esse ahuyentativa tempestatum et radiorum, anathema sit.

Si alguno dijere que ciertas campanas no tienen la virtud de alejar los rayos y tempestades, mal rayo le parta.

CONC. 3. GERUND. CAN. 4.

LA CAMPANA DE TOLEDO.

Las campanas son como las ferias, que cada uno habla de ellas segun con ellas le vá. *Chateaubriand* está porque hablen, el moro *Abenamar* porque callen, y *Mendizabal* porque las tiren. El cristiano habla como cristiano, el moro como moro, y el J...uan como Juan. En



esta *encontrabilidad* de opiniones (recogerme esa espresion para el diccionario) Fr. Gerundio debe emitir tambien la suya, porque al cabo es el fraile de mas *campanillas* que hoy se conoce. Pero Fr. Gerundio, singular en todas sus cosas como buen fraile, no juzgará de las campanas por lo bien ó mal que le ha ido con ellas, que á la verdad, á juzgar por tales causas debería hablar de ellas péximamente. Diez y ocho veces al dia se tocaban en el convento, y las diez y siete eran para hacerme rabiar. Solo á una hora las oia con gusto, que era cuando tocaban á refectorio: las demas, aunque sonaban en el campanario, me daban á mí en la cabeza y en el corazon. Si las maldiciones que las eché cuando era novicio las hubieran caido, á estas fechas no habia con que llamar los fieles á misa.

Pero no puedo prescindir de ser un religioso, y como tal reconozco las muchas virtudes de las campanas. Ellas espresan la alegría lo mismo que el pesar; ellas hacen encoger el homblijo cuando anuncian que un prójimo acaba de perder los derechos de ciudadanía por haber complacido á un médico, ó por haberse embutido en la sesera media docena de postas románticas; ellas hacen al corazon dar unos

saltos como un corderito cuando publican que es día de gilgorio en el lugar por la fiesta del patrono; y producen las dos sensaciones opuestas cuando tocan á *gloria* por la muerte de un párvulo, que al propio tiempo que alegran al cura y al sacristan, porque algo se chupa á cuenta del *Laudate, pueri*, tratando de consolar á la madre con que ya estará su hijo con los angelitos, ésta dice que no le habia parido con objeto de hacer á los angelitos ese regalo, y aunque la hayan quedado otros siete ciudadanos de sus entrañas en casa, regularmente el que *se desgracia* era el mas listo y el mas guapo de todos ellos, que para ser lo mejor de la familia no hay como morirse.

Allá en tiempos en que nuestras valientes y sufridas tropas ganaban victorias sobre los facciosos, se volteaban las campanas que era un alabar á Dios: ahora se repiquetean por las hazañas de Cabrera: tan pasteleras son como todo eso. Ellas hacen á todo; llaman á misa y al rosario, cuando se ofrece; á vísperas y á coro á la hora que corresponde: antiguamente tocaban á rebato cuando los facciosos se aproximaban á un pueblo; pero ahora como no los hay ya no tocan con ese objeto. En fin, en algunos pueblos, como por ejemplo en Campazas,

si se habia de tocar un cuerno como en otras partes para avisar á los vecinos que echén al pasto el ganado de cerda, se tocan las campanas, lo cual en una nacion católica no deja de contribuir á la sublimidad y decoro de la religion.

Tambien se tocan en la mayor parte de los pueblos para ahuyentar las tempestades y nublados. Los físicos dicen que este es un error del vulgo, por eso de las simpatías entre la materia del rayo y la de la campana, y eso de la electricidad, y la atraccion, y la columna de aire y otras zarandajas que han dejado escritas Newton y Muschembroeck y otros físicos. Pero Fr. Gerundio apoyado en el *gran magisterio de la experiencia*, como le llamaba el frailote, ó por mejor decir, el monjote de Feijóo, les vá á probar que las campanas lejos de atraher los rayos, al contrario los alejan y repelen, y cuanto mayor es el címbalo, tanto mayor es su fuerza de repulsion, porque como dice el refran, *cual es la compana tal es la badajada*.

La campana de Toledo, por ejemplo, que es el tintinábulo mas atroz que se conoce en tierras de cristianos, está dotada de una virtud prodigiosa para espantar las tempestades, cosa

que nadie imaginaria á no haberla descubierto Fr. Gerundio. Pero así es en realidad. Se acerca el nublado, empieza la campana *dolón-dolón, dolón-dolón....*; como es tan grande, que según dicen pudieran acomodarse dentro de ella los ochenta y dos sacristanes que hemos tenido en el ministerio, se oye en Madrid, y como en Madrid reside Júpiter, el padre de los rayos, envía rápidamente un mensajero á Vulcano para que no abraze aquel sagrao capitolio. Vuelve otra vez á acercarse la tempestad y vuelve á sonar el campanon.... *Dolón-dolón, dolón-dolón....* ¿y saben vds. qué quiere decir en Toledo *dolón-dolón....*? Pues quiere decir, «*que viene Narvaez, que viene Narvaez.*» Llega el sonido á Madrid, lo oyen en el ministerio, conjuran la tempestad, la mandan ir á descargar hácia Castilla, y queda el campanon de Toledo victorioso.

Tal es sin embargo el pavor que á los miembros del capitolio toledano les han infundido los truenos y relámpagos que han visto y oido á lo lejos, que los mas se han refugiado á la corte, y aun aseguran tenían proyectado trasladar la catedral entera y verdadera, pues temian que Narvaez se la fusilára por la espalda. Ello es que ó bien por medio de conjuros,

ó bien por medio de algun para-rayos de plata, ó bien por la virtud repulsiva del campanon, los señores canónigos han conseguido alejar el rayo que les amenazaba. Los resultados los diré en el artículo siguiente.

Pero es el caso que conjurada la tempestad hácia los llanos de Castilla; lo mismo ha sido divisarla de lejos que empezar las campanas á tocar á nublo: las de la catedral de Segovia han estado hace ya dias *dalán-dalán, dalán-dalán*; «que viene Narvaez, que viene Narvaez,» y los canónigos por si van mal dadas, pues no tienen tanta confianza en sus campanas como los de Toledo, han dado principio á refugiarse en esta corte bendita, que puede ya llamarse el *refugium canonicorum*. De modo que si estos alcanzan tambien un conjuro como los otros, valdrá mas apagar de una vez el rayo. Y si en esto ha de venir á parar, mejor es que sea luego: dejándonos morir, escusan de matarnos. El gobierno hace bien: no quiere que se descubran las vergüenzas y que se vea la caca que ocultan los pañales. Asi, asi; castidad, castidad.

A todo esto Fr Gerundio dice: dejarles, dejarles á los canoniguitos, que algun dia os lo dirán de misas. Vosotros ahora les decís que

requiescánt in pace, y puede que ellos no tarden en entonáros el *requiem eternam*.

RÓMULO Y REMO.

Este par de satélites eran dos salteadores, que con el tiempo fueron ascendiendo á facciosos y despues subieron á guerrilleros. Eran hermanos, hijos de una *loba*, que así llamaban antes á las mugeronas que andaban como andan ahora las de por acá ganando la vida honradamente á cuenta de quien quiera tomarlas bajo su proteccion. Pues han de saber vds. que luego que aquellos hijos de una zorra se metieron á facciosos, digeron á otros tan buenas hipotecas como ellos: «chicos, el que nos quiera seguir tendrá que comer á cuenta del prógimo.» El programa no disgustó á la gente del bronce, y al poco tiempo se les fueron agregando griegos, latinos, albanos y toscanos, por supuesto lo peor de cada casa, y en un santi-amen se organizó una faccion. Hicieron unas casitas, armaron al rededor unas malas tapias, y ya me tiene vd. un lugarcillo hecho y derecho, al cual lugarcillo le pusieron por nombre ROMA. Luego que tuvieron donde pasar las noches al abrigo de las lluvias

y las ventiscas, estendieron proclamas diciendo poco mas ó menos (digo poco mas ó menos, porque no conservo ningun ejemplar de ellas): «Señores, aqui se admite á todo el mundo con tal que tenga el alma bien puesta, y sea hombre para romper la crisma al espíritu tuo (que entonces como todavia no habia venido Cristo, no decian á Cristo padre). Los hombres tuvieron la fortuna de hallar simpatías en el pais, y asi es que de todas partes se iban gentes á la faccion: los que se escapaban de las cárceles, á la faccion derechitos; el que hacia una calaverada en un pueblo, derechito á la partida de Rómulo; de modo que en un momento se formó un batallon de gandúles que tenian los pueblos metidos en un puño; y con ellos y los prisioneros que iban haciendo se llegó á formar una partida respetable, porque el cabecilla era travieso y activo como un veneno; y como no se dormia sobre las victorias trató de estender sus conquistas hácia el Tiber, el Teveron, los Apeninos y otros paises, que es como quien dice el Ebro, el Tajo, la sierra de Burgos ó los montes de Toledo. La suerte de las armas les fué favorable, porque en las guerras siempre favorece la fortuna á los pícaros, cuando son más valientes que los hom-

bres de bien, y no tardó en hacer de Roma una plaza cuasi como Morella ó Cantavieja.

Luego que se vieron en tan buen pie, les dijo Rómulo á los facciosos: «hombres, ¿sabeis lo que nos entonaba ahora? El hacernos con mugeres; porque esto de estar siempre hombres solos es una secatura.—Efectivamente, mi General; le contestaron los facciosos; es un demonio estar así: nos venia como de molde tener unas muchachas para nuestros menestéres.—Bien, ¿pues dónde os parece que las busquemos?—Mire vd., mi General, donde hay buenas mozas y está en buena proporcion es en la tierra de los Sabinos.—Bien pues se las pedirémos.

Mi dicho, mi hecho. Al instante ofició el Sr. Rómulo á los Sabinos pidiéndoles mugeres como quien pide raciones y bagajes, diciéndoles que si se las daban, serian amigos, y les traería mucha cuenta. Pero los Sabinos le contestaron.... lo que era regular: «Vaya vd. mucho con Dios, y á insultar á otra parte. Si vd. quiere mugeres, busque vd. zorras y páguelas, como ha hecho vd. con los hombres, y que se casen entre sí, y con eso nada tendrán que echarse en cara, porque serán tal para cual. (Entre paréntesis, todo esto es his-

tórico, no crean algunos que lo inventa Fray Gerundio).—Sí? ¿En esas me andais? dijo Rómulo; pues yo os la armaré.» ¿Y qué hizo? Anunció unas fiestas que se habian de celebrar en Roma con toda solemnidad en honor del Sr. Neptunc, como quien dice: *gran funcion extraordinaria para el domingo tantos del corriente á beneficio del asilo de S. Bernardino*. Los Sabinos que vieron los carteles, y que asi perderian ellos una funcion de lucha y de caballos como los madrileños una corrida de toros, acudieron mas listos que otro tanto, llevando consigo las mugeres y chiquillos. Los facciosos les recibieron con los brazos abiertos, les hospedaron con toda obsequiosidad y los trataron á cuerpo de rey. Pero mientras los forasteros estaban en la plaza embobados viendo la fiesta, ya los romanos la tenian tramada, y van y qué hacen? cogen los chafarotes, se presentan y dicen: «chicas, vosotras os quedais aqui con nosotros: viejos, madres y muchachos, fuera del templo que está Dios enojado; á casa, á casa; á vuestra tierra, antes que os alumbremos unos lapos.—¿Es posible? decian las pobres madres. Esto es una picardía, decian los padres.—Poca conversacion y á casa, contestaban los facciosos.

Y no hubo mas, sino que tuvieron que tomar las de Villadiego con las orejas caidas, dejándose las muchachas en poder de aquellos buenos acólitos. Ellas al principio no dejaron de echar sus lagrimillas (no podia ser menos). Pero poco á poco fueron venciendo la repugnancia á aquellos hombrones (no podia ser menos tampoco), y al cabo de algun tiempo ya se hallaban tan grandemente. La cosa costó algunos sartenazos, porque hubo declaracion de guerra y todo lo demas; pero el resultado fue que por ese medio el Sr. Romulito fundó un imperio que despues vino á ser el imperio del mundo.

Pues á imitacion de aquellos facciosos de allende han dado ahora nuestros facciosos de aquende en pedir á los pueblos mugeres, y mugeres solteras para sus usos y necesidades, segun le escriben á Fr. Gerundio sus correspondales y sabrán acaso ya algunos lectores por otros periódicos. El hecho parece indudable, y que partidas diferentes han pedido á Casa-Rubio de los Montes ochenta mugeres, y á Camarena quince, siendo de notar que Camarena está en la provincia de Toledo (á donde no se ha querido que permanezca Narvaez) y á siete leguas de Madrid. Y como el hecho

prueba el extremo del descaro, de la inmoralidad, de la relajacion y del desenfreno á que puede llegar el hombre, quisiera Fr. Gerundio que por todos los medios posibles de publicidad se hiciera conocer á los pueblos lo que son esos que se llaman defensores de la religion: quisiera que los periódicos grandes que pueden estenderse mas en cada punto, diesen á este hecho escandaloso toda la importancia que se merece para que supieran los pueblos lo que son facciosos; y por eso quisiera tambien que el Fr. Gerundio fuera leído por todas las personas de todos los pueblos (no, y que eso seria señal de muy buena suscripcion, lo cual no le haria daño á mi manga reverenda).

Los facciositos, he?! Y parecen bobos. No hay sino irles dando *Sabinas* toda vez que se las pida el cuerpo, y concluirán por hacernos á nosotros la merced. O sinó déjenles vds. medrar un poquito y si ahora las piden, no tardarán en llevárselas sin pedir las. Bien hecho, dejarlos; al cabo la mia no me la han de llevar; pero aeuérdense vds. que Rómulo y Remo empezaron así y concluyeron por hacerse los amos del cotarro.

Quien quiera estudiar moral, que venga y dé

un paseo por nuestra España, que yo aseguro que ha de salir hecho un catedrático.

EL CLAVO.

—¿Qué diablos haces, Tirabeque? ¿Qué golpes son esos?—Señor, estaba solemnizando el cumpleaños de la Reina (1).—¿Pues no tienes mal modo de solemnizarle atronando la cabeza con esos golpes. ¿Qué diablos hacías?—Estaba remachando un clavo, señor.—Hombre, ¿y remachando un clavo se solemniza el cumpleaños de la Reina?—Señor, así le solemnizan también los ministros.—Vaya, eres muy boto: pues qué, ¿crees tú que los ministros son algunos legos como tú para ocuparse de una operación tan innoble y mecánica como remachar un clavo.—Señor, no hay mas diferencia sino que ellos le remachan de un modo y yo de otro. Ellos le remachan con un decreto, y yo le remacho con un martillo.—No entiendo tus alegorías.—No son alegrías, no señor; que mas bien son rabias. Y si quiere vd. que se las es-

(1) Claro está que esto era el miércoles de la presente semana.

plique, se las explicaré.—No tengo inconveniente.—Dígame vd.: ¿no decían que algunos ministros estaban clavados, así de municion, porque eran interinos, como nuestro paisano el marqués de Monte-virgines?—Así es.—¿Y no le han dado hoy eso que llaman la propiedad?—Sí.—Diga vd., señor: ¿y eso no es remachar el clavo?—Yo te diré. Sabes que hace tiempo estamos clamando por la union; y prueba de que han sido oídos nuestros clamores cuando así se aseguran los ministros.—¡Ah señor! Y asegurando á Monte-virgines y á los demas que han hecho ahora ministros ¿nos ha de venir la union? Míreme vd. bien.—Ya te veo: ¿qué?—¿Vé vd. bien dónde tengo la mano?—Sí, hombre; ya veo que la tienes en la frente.—¿Me vé vd. bien, señor?—No te digo que sí, hombre?—Pues que me la claven aquí mismo si eso no es remachar el clavo.—¿Qué sabes tú, bobo, qué sabes tú?—Acabóse, señor; yo nunca sé nada; pero cada martillazo que he estado pegando decia yo: ¿quereis que se remache el clavo, hé? Pues bien; si se raja la tabla, despues no echeis la culpa á Tirabeque. Que vengan despues diciendo: ¡ay que se rajó la tabla! ¡Ah señor! Vd. bien de veces les ha dicho que mas valia una mala compostura que

un buen pleito ; pero mire vd. qué caso hacen. Si no fuera porque si la tabla se raja han de pagar justos por pecadores, diria : «si la tabla se raja que se raje.» Pero ya vé vd.—Vaya, vaya, calla esa boca ; no remaches el clavo de tus habladurías.—Señor, ¿ Vd. miró bien cuando tenia la mano en la frente?—Dígame que me dejes en paz, hombre.—Bueno, señor; pero el clavo ya se remachó.

OCHENTA Y DOS Y DOS.... SON OCHENTA Y CUATRO.

Viendo el Duque de Frias que era llegada la capillada 82, y que Fr. Gerundio iba á decir: *ea, hermanos, ya somos tantos á tantos; ochenta y dos habeis sido vosotros, y ochenta y dos capilladas llevo yo sacudidas; ahora veremos quien es el mas guapo;* » dijo para sus botones: «Si? Pues yo te dejaré atrás.» Y fabricó un par de ministros nuevos en un decir Jesus, con item mas el remiendo de un suplente; como quien dice: «ya somos tres mas que tú, y de aqui á la capillada ochenta y cinco Dios dirá.» Cosió á pespunte otros dos que estaban en hilván, y pegándolos á los otros dos de paño nuevo, zurció un ministerio

remendón, que no parece sino que le hicieron á culadas. Es el ministerio mas churrutero que se podia haber discurrido en este *hic et nunc*: *DUO BARBATI, DUO SINE BARBA NATI, ET ALTER QUI REMANEBAT, DIMIDIAM BARBAM HABEBAT*. Este de la media barba debe ser el de Marina, que para acabar de hacerle la caricatura del ministerio no faltaba mas que nombrar para él al Sr. Ponzoa. ¡Pobre Sr. Ponzoa! Creo que ya le llamaban el *facistol* de los ministerios (*le lutrin*), con que solo le faltaba este golpe (*et alter qui remanebat*) para ser el atril de todos los coros.

Con esto ¡qué voléo va á llevar la guerra! ¿No clamaban vds. por un ministerio de union, de actividad y de energía? Pues ahí le tienen vds. *Duo barbati, duo sine barba nati*.—Lo que yo no puedo entender es cómo algunos de los que conozco se sientan con otros de los que conozco, siendo así que ya les conocen tambien. Aquí hay su *porqué*, como dicen los tios de mi lugar: nunca he querido creer en *duendes* hasta ahora. Pero hoy no solo creo, sino que si descubro el *trasgo*, juro á vds. que lo tengo de sacar á la vergüenza.

—
Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.